

mento mediante el cual se adquieren los conocimientos elementales indispensables, se logra la unificación de los anhelos desde el punto de vista patriótico, político, haciendo posible la confluencia de las ilusiones de todos en una empresa histórica común y se generalizan los hábitos y las convicciones mediante los cuales se distingue la vida civilizada de la existencia primitiva.

Una concepción estrecha de lo primario, frecuentemente teñida entre nosotros de desprecio hacia sus realizaciones, suele incidir en una apreciación de sus objetivos ceñida al conjunto de conocimientos que la escuela primaria puede comunicar. No sólo de parcial, entera e intelectualista peca esta opinión surgida de la comparación de sus programas con los de otros grados de la enseñanza; peca, sobre todo, por omisión total de los objetivos menos accesibles a la mirada del profano, pero que son los más granados y valiosos para quien observa las cosas con cierto detenimiento. El analfabeto no sólo se diferencia del que posee la cultura primaria en que éste lee y escribe y recuerda una docena de datos, definiciones y clasificaciones sobre los conceptos científicos más elementales, mientras aquél carece de tal bagaje. La diferencia más honda e insalvable estriba en que el primero ha aprendido en la escuela, antes y por encima de nociones, divisiones y distinciones conceptuales, a reflexionar, a analizar sus propios pensamientos y los ajenos, a obrar pensando los pros y contras de la acción, a someterse a una "disciplina" mediante la cual se ha acostumbrado a obedecer y a respetar, a estudiar cuando el horario lo exigía y a descansar

cuando el maestro lo aconsejaba, a estar ocupado durante los años decisivos de la formación mental en tareas de comparación, distinción y jerarquización de ideas, todo lo elementales que quieran los super-sabios, pero profundamente formativas en la interna economía de los hábitos, las maneras y las costumbres íntimas de cada uno. Este influjo marcará ya una huella indeleble en la vida entera.

Pero no es eso todo con ser tan importante. Junto a ello está la devoción permanente a las supremas realidades de Dios y Patria, la asistencia a actos colectivos de culto religioso y de adhesión nacional, en fin, la marca de fuego, en el corazón y en el entendimiento, de las tablas de valores que dignifican, elevan y ennoblecen la existencia.

Cuando el niño ingresa —demasiado pronto para que dicha tarea haya terminado sus lineamientos esenciales— en la Segunda Enseñanza, esto apenas se observa, porque es la labor callada y poco ostensible de años y años de entrañable esfuerzo y paciente amor. Pero sin esa obra, de inmensos resultados futuros, toda la cultura humanística y toda la ciencia superior carecerían de base y serían una construcción edificada sobre arena.

La cultura primaria no es, evidentemente, una panacea, como pensaba el utopismo décimonónico. Es un factor más, entre otros muchos, que, conjugado con ellos, permitirá un mejoramiento considerable de la actitud radical del hombre ante su circunstancia. (Del folleto "Los problemas de la educación popular", de Adolfo Mailla. Edic. "Páginas de la Revista Educación", número 6. Madrid, 1954. Páginas 23-26.)